

el perro, y el ratón y el gato...



semanario
de las niñas,

5

los chicos los bi-
chos, las muñecas

EL PERRO TRESPÉLOS - V

CON ESTE CALOR TAN GRANDE NO HAY MANERA DE DAR UN PASEO EN LANCHAS NI NADA...

...Y LA CULPA LA TIENE ESE TONTO DE SOL QUE ESTÁ TAN COLORADO DE TANTO ARDER...

AHORA VERÁS, ANTIPÁTICO...

UN BUEN LAVADO NO TE SENTARÁ MAL...

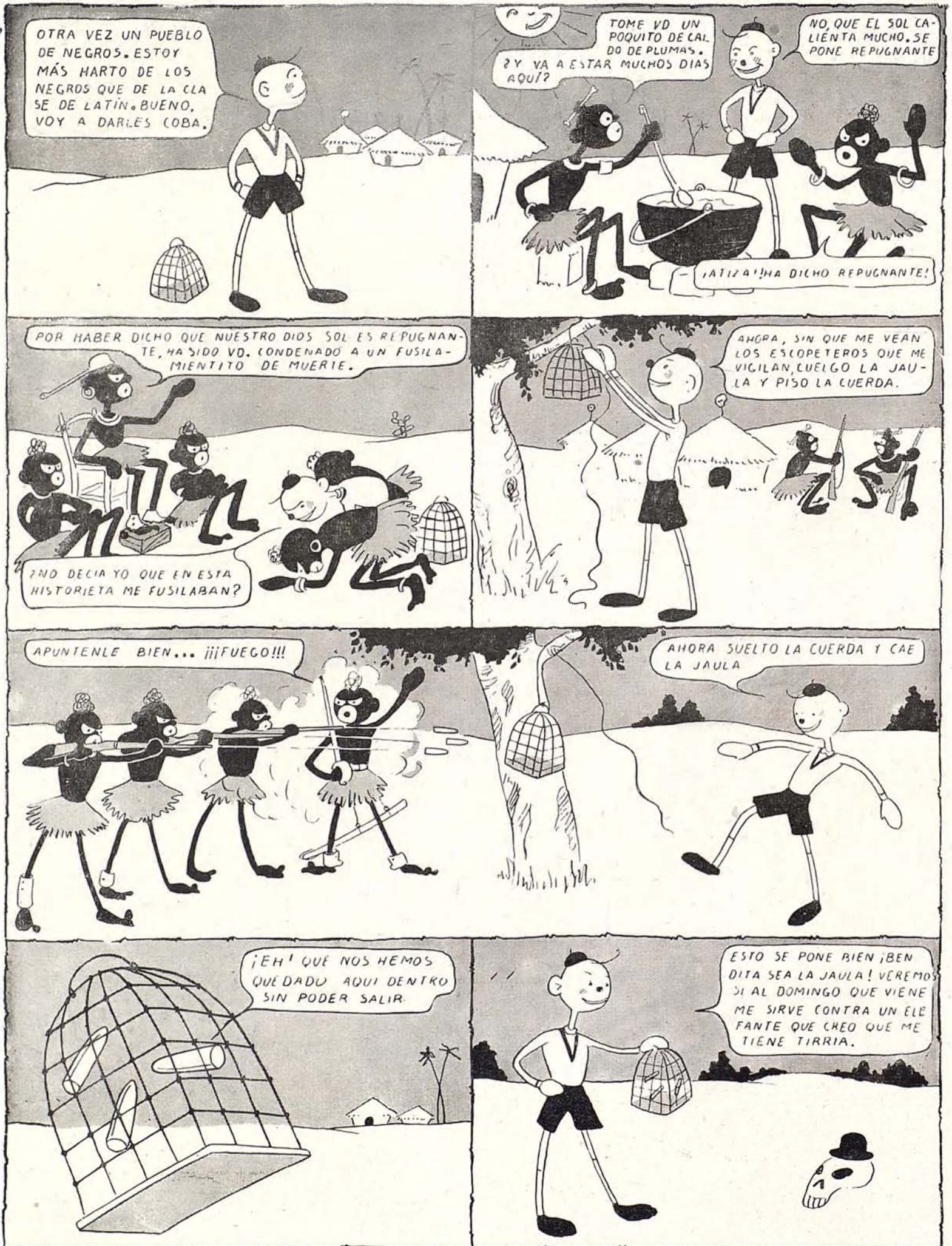
¡ja! ¡ja!...

AHORA SÍ QUE SE ESTÁ FRESCUITO...

40
Cts

MIHURA.

El Niño Carloto Perra Va a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OJEDA

Confiado en estas palabras, salvó también a la serpiente. Luego le dijeron los tres animales:

—Queda todavía un hombre en la cisterna, pero es un conjunto de todos los pecados. Piénsalo bien y no le salves. No caigas en la tentación de pres-

tarle oídos.

Luego dijo el tigre:

—¿Ves aquella montaña de muchas cimas? En

la parte norte, en la espesura de una garganta, está

mi cueva. Hazme el honor de visitarme alguna vez,

para que yo pueda devolverte el servicio que me has

prestado y no me muera sin pagarte la deuda en

que estoy contigo.

Así dijo y se marchó en dirección a su cueva.

Luego dijo el mono:

—En la misma parte, en las proximidades de la

cueva, junto a un salto de agua, se encuentra mi mo-

rada. También a mí tienes que visitarme alguna vez.

Y dichas estas palabras, se alejó.

La serpiente, a su vez, dijo:

—Si te ves alguna vez en algún apuro, piensa

en mí.

Habló así y se fué por donde había venido.

“Esto lo he trabajado yo mismo para el hijo del rey.”
Y mientras así cavilaba, dijo:

—Aguarda aquí un momento. Quiero enseñárse-
las a un compañero.

Habló así, se dirigió al palacio real y le enseñó
las alhajas al rey. Las vió el rey y preguntó:

—¿Cómo te has hecho con ellas?

El otro replicó:

—En mi casa se encuentra un bramán que es el
que me las ha traído.

El rey pensó: “Seguramente el bribón habrá ma-
tado a mi hijo. ¡Yo le enseñaré la pena que eso tie-
ne!” E inmediatamente dijo a sus esbirros:

—Encadenadme a ese maldito hombre y cuando
haya pasado la noche, a la horca con él.

Cuando se vió encadenado pensó el bramán en la
serpiente y apenas hubo pensado en ella, la tenía
junto a sí, diciéndole:

—¿En qué puedo servirte?

El bramán le pidió:

—Líbrame de mis ataduras.

La serpiente dijo:

—Voy a morder a la favorita del rey y no habrá



el ingrato no hay redención. Yo, por eso, no lo seré.
Me maldeciré con un triple juramento si me porto
ingratamente. No te amenaza ningún peligro de mi
parte. Sé, pues, compasivo y sácame.
Yadnadata reflexionó en su corazón: “Aunque
acarre amarguras, por salvar la vida a una criatura
viente, de estas desgracias viene tranquilidad de
conciencia.” Así pensó y libertó al tigre. Entonces el
mono le dijo igualmente:
—¡Salvame a mí también, hombre compasivo!
El lo oyó y le salvó. Al verlo entonces la ser-
piente:
—¡Salvame a mí también!
Entonces replicó:
—También tu nombre pone espanto y mucho más
tu contacto.
La serpiente repuso:
—Nosotras no obramos por propia voluntad; ya
sabes que, según una leyenda de la India, sólo mor-
demos cuando alguien nos lo pide. Me maldeciré
por un triple juramento si soy ingrata; no necesitas
tenerte miedo.

Finalmente, se cansó de aquellas recriminaciones y se dispuso a emprender un largo viaje. Tras unos días de camino llegó a un gran bosque. Mientras lo atravesaba, muerto de hambre, se puso a buscar agua. Al fin, en un lugar del bosque, vió una cisterna muy honda rodeada de hierbas. Al mirar hacia abajo pudo ver un tigre, un mono, una serpiente y un hombre; los cuatro le vieron también a él. El tigre vió que tenía que habérselas con un hombre y por eso le dijo:

—¡Escucha, hombre noble! Ya sabes que es una buena obra la salvación de una criatura viviente. Sácame, pues, de aquí para que vuelva a verme junto a los que quiero, mis amigos, mi mujer, mis hijos y el resto de mis deudos.

El respondió:

—Todo lo que está dotado de vida se siente poseído de espanto al oír tu nombre; por eso es natural que yo también te tema.

Pero el tigre siguió diciendo:

—Para el asesino, para el bebedor de aguardiente, para el cobarde, para el perjurio, para el estafador, los buenos han fijado penitencia redentora; pero para

bía quedado para vigilar y lo contó a los demás ratones.

Entonces todos los que se hallaban en la cueva se asomaron a la puerta. El gato exclamó:

—Venid, que va a empezar el sermón.

Pero un viejo ratón le contestó:

—He conocido tu altísima santidad; los cabellos se me erizan. Del millar falta un ciento. ¡Gloria a ti, santo hipócrita!

Y ya de nada le valió la molestia del extraño collar.

LOS ANIMALES AGRADECIDOS Y EL HOMBRE INGRATO

En un lugar vivía un hombre que se llamaba Yadanata. Impulsada por la miseria en que vivía con él, su mujer le decía día tras día:

—¡Hombre indolente y duro de corazón! ¿No ves que nuestros hijos pasan hambre? ¿Cómo es que llevas esa vida tan despreocupada? Ponte en camino, busca la manera de proporcionarnos pan, y cuando lo hayas conseguido, vuelve cuanto antes.

El tigre le reconoció, y como quería pagarle el bien El mono le condujo, en efecto, y le enseñó el tigre.

ahora llévame adonde está el tigre.

—Has hecho todo lo que tenías que hacer. Pero

Y él replicó:

—Ven a verme siempre que necesites fruta.

tar. Luego le dijo:

encontró. El mono le presentó fruta, dulce como nécho el mono. Se fué a buscarle, pues, y, en efecto, le mientras iba hacia ella, recordó lo que le había dicho nada. Empezó el camino de su casa y, Yadanata continuó recorriendo el país, sin en- había venido.

llevarme. E igualmente se fué al lugar de donde una vez necesitas trabajar oro, no tienes más que —Yo soy un joyero y vivo en Brigukatcha. Si al-

bien. El salvado le dijo:

hombre pertenecía a su propia especie, le salvó tam- Este se apiadó de él al fin, y considerando que el —Salvame también a mí.

clamaba sin cesar:

Entretanto, el hombre que quedaba en la cisterna,

que le había hecho, le dió un collar artísticamente trabajo y otras alhajas y le dijo:

—Un hijo de un rey que pasaba montado a caballo cayó en mis garras yendo completamente solo. Yo le maté y todo esto le pertenecía; lo he guardado cuidadosamente para tí. Tómallo y vete adonde gustes.

El bramán tomó las joyas, se acordó del joyero y dijo:

—Me ayudará y me lo pondrá en venta.

Con estos pensamientos fué en su busca. El joyero le recibió cortésmente, le trajo agua para los pies y regalos; le ofreció un asiento, comida y bebida y todas las demás honras que se le tributan al huésped, y le dijo:

—Manda, señor. ¿Qué puedo hacer por tí?

El replicó:

—Te traigo unas alhajas de oro y quiero que me las vendas.

El joyero dijo:

—Déjame verlas.

Se las enseñó; pero, al verlas, el joyero pensó:

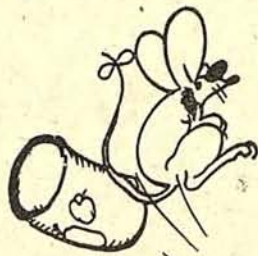
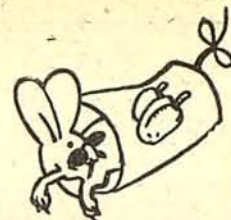


el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. — Director: Antoniorroble.
Príncipe de Vergara, 42 y 44-Apartado 33-Teléfono 51587

Núm. 5. - Madrid, 28 de Junio de 1930

Suscripción.—España, Portugal y América: Año, 20 pesetas; semestre, 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 13 y 7; demás países: 30, 16 y 8.



Este ejemplar pertenece a _____



El Ratón Bombón

V. Tres gatos golosos y burlados

Cuando huí del hotel me fuí a las afueras en el toldo de un tranvía. Viví en un solar una temporada, entre botas viejas y botes de pimientos, ya vacíos.

Por la tarde, los chicos de un colegio próximo, jugaban allí al fútbol, y yo pasaba el rato escondido en un bote.

Claro que me sucedió una tremenda desgracia, y es que el balón se fué hacia donde estaba yo, y el chiquito que vino por él pegó un enorme puntapié a mi guarida, y salimos por el aire.

Me despidió el bote, caí al son de grandes carcajadas infantiles, y como me vieron atontado vinieron corriendo a pisarme.

En medio de mi atontamiento oí que un chiquillo gritaba:

—¡Qué viene el guarda!...

Todos corrieron hacia la puerta, y eso me salvó. Me reanimé y yo también salí corriendo.

Resultó que no había tal guarda. Todo había sido un truco de uno de los niños para salvar mi vida. No he logrado saber qué niño fué. ¡Bendito sea! Todas las noches antes de dormirme pienso en él, y pienso que, sin saber quién es ni nada, debía llegar a ser un ingeniero famosísimo que hiciera el puente más grandioso del mundo, o un aviador que diera la vuelta a la Tierra sin parar, o un médico que inventara una inyección que curase una de esas enfermedades incurables. ¡Bendito sea mil veces! ¡Qué bueno fué!... No le olvidaré nunca.

Pero voy a contaros una cosa muy graciosa:

En aquel solar había también gatos; siete gatos vagabundos, que vivían de los pájaros, los ratones y las lagartijas, y dormían entre unos tablones.

Uno de aquellos gatazos ya me había seguido dos o tres veces, y sabía muy bien que yo olía a bombón. De modo que mi vida estaba en peligro.

Una vez olió que estaba yo dentro de un agujero, y se estuvo doce horas de guardia sin dejarme salir.

Se cansó de esperar, pude escaparme, y me fuí de noche a una confitería, entré por una rendija y robé un bomboncito.

Y sin que me vieran puse el bombón dentro del mismo agujero y me subí a la tapia del solar a esperar tranquilo.

Llegó mi enemigo, olió el chocolate, creyó que yo estaría dentro, y buscó a dos compañeros que con él alternaban en la puerta, por jornadas de ocho horas. Así no le pasaría lo que la otra vez, que se cansó.

Se les notaba que se decían unos a otros:

—¡Qué rico va a estar este ratoncillo, cuando quiera escaparse!

Todavía me subo de cuando en cuando a la tapia y siempre veo un gato de centinela; y me entra una risa...

Cuando yo os diga dónde he vivido unos días, que os lo pienso decir en el número que viene, os vais a morir de emoción y de risa, chiquillos.

Las niñas chiquitinas tendrán su periodiquito. Se lo van a ofrecer sus amigos Trespelos, Bombón y Adivino.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Caballo que fué inventor, submarino y volador

Cuento, por Antoniorrobles -:- Dibujos de Climent

Sol y *Luna* eran un caballo y una yegua, blancos los dos, blancosísimos, con las pestañas y la cola y los cascos blancos, y con el alma, si es que los caballos la hubieran tenido, blanca también.

Y digo que su alma sería blanca, si la tuvieran, porque se dedicaban, según mandaba su dueño, a pasear niños por un parque público. Y eran tan nobles, que en cuanto notaban el peso un poco desequilibrado, se paraban. Y así el niño no se caía jamás.

En las cuadras, en los prados o en los descansos, lo decían a cuantos caballos querían oírles:

—Nosotros no hemos dejado caer ni un niño siquiera. Y eso que a veces se ponen a hablar las criadas unas con otras, y nos dejan solos con los chicos. Entonces vamos muy despacito...

Pero sucedió una cosa desagradable: vino al parque otro hombre con un elefante que llevaba arriba una plataforma, y un camello que llevaba otra, y los niños se iban con ellos.

A los chicos les gustaba ver desde arriba las orejas gordonas del elefante y el cuello curvo, como una mecedora, del camello, y el *Sol* y la *Luna* tuvieron que ser vendidos, porque no había negocio.

Los compró un labrador, y los hacía arar juntos. La yegua, como esas mujeres muy cuidadosas de los arreglos de su casa, gustaba de hacer el surco muy recto; parecía esas niñas que cosen a la máquina sin torcer el pespunte nada, nada.

El *Sol* se descuidaba algo, porque iba pensando en sus cosas: en la vida de un caballo, siempre sujeto a una cabezada y sin libertad. Afortunadamente estaba fijo por el yugo a la *Luna*, y así no descomponía la recta del arado.

Después, el labrador los ocupó en la noria. Tenía una noria de esas a las que se ata una caballería, y empiezan a dar vueltas, vueltas y vueltas, como un peón perezoso, y a salir agua y agua de un pozo; agua que se volcaba en un canalito cuesta abajo, e iba a regar unas frescas lechugas y unos rabanillos que se inflaban como baloncillos debajo de tierra.

El labrador hacía lo siguiente: un día enganchaba al *Sol* ocho o diez horas. Al día siguiente descansaba el caballo, y las ocho o diez horas de vueltas y vueltas las daba la yegua.

Un día, en las vueltas y vueltas de la noria, el *Sol* comenzó a pensar en un invento que le daba a él vueltas también.

El jaco blanco estaba inventando un procedimiento cómodo de viajar los caballos, al mismo tiempo que fuera útil al hombre.

Y como advirtiera el *Sol*

que pensaba mejor las cosas dando vueltas a la noria que en la cuadra, todas las noches se desataban con los dientes el caballo y la yegua y se cambiaban de sitio; de modo que cuando muy de mañana, casi a media luz, venía el labrador, cogía un día el de un sitio y otro día el del otro, y siempre se llevaba el jaco.

Con lo cual la *Luna* estaba descansando, y poniéndose redonda como si fuera un tonel blanco, tumbado, con cuatro patas, una cola y dos orejas.

El que escribe este cuento no tiene inconveniente en compararse con el caballo, por un motivo: porque mejor se le ocurren los cuentos paseando que sentado a la mesa del comedor. Y eso le pasaba al *Sol*: mejor pensaba en su invento dando vueltas a la noria que amarrado al cajón de su comida.

Por fin, presentó el invento a su dueño, explicándose por señas. Se trataba de unir paralelamente con barras de hierro dos bicicletas que llevaran pedales en las dos ruedas cada una. Enganchar los ocho cascos de un tronco de caballos a los ocho pedales, sujetarlo a la lanza de un coche... y a correr más que un auto.

Se hicieron las pruebas. El *Sol* y la *Luna* inauguraron el invento, que luego corrió por el mundo... Hubo un momento en que en las mas importantes capitales no se veía otra cosa...

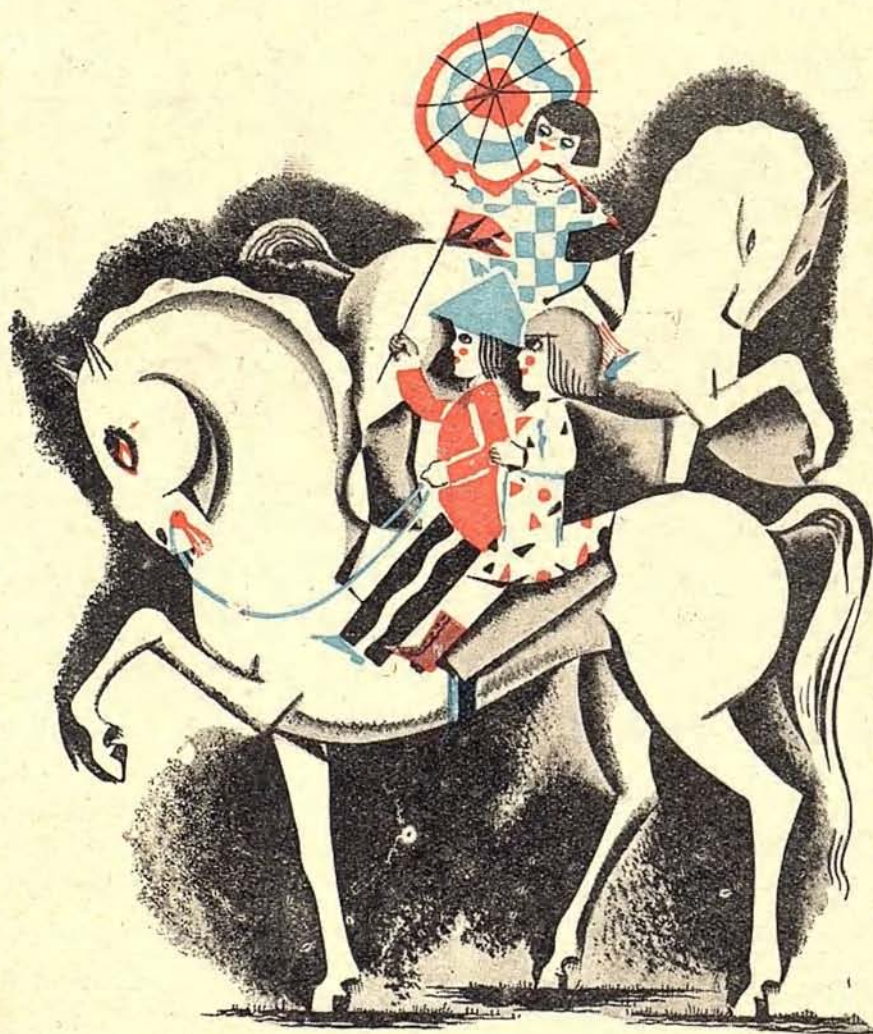
Pero el mundo es ingrato con las celebridades mientras viven. No quiero poner ejemplos, para no comparar al caballo con Colón ni con Cervantes.

El labrador vendió el invento, se enriqueció, dejó la labranza... y dió por treinta duros a unos gitanos la pareja de caballos blancos.

La *Luna* tuvo suerte. Vieja y todo, como estaba redondita por los días que no dió vueltas a la noria, fué comprada por un marquesón, para que aprendiera a montar su niña. Y su niña la tomó cariño y la daba azúcar, nueces mondadas y galletas, y la traía una rosa, que la yegua gustaba de llevar en la boca, como las mozas de los pueblos en domingo.

A pesar de lo cual, ¡cuánto pensaba en el caballo! Recordaba, a solas, los días que llevaban niños pequeños en sus lomos, sobre todo uno de traje colorado, que tenía un perro de goma atado al cuello; y recordaba el chiquillo que se le iba a caer a la *Luna*, pero el *Sol* se pegó a ella de costado y entre los dos se quedó el chico hasta que vino la criada.

Recordaba también los días del arado, en que el *Sol* quería ir muy de prisa cuando el *Sol* de verdad les daba



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

de cara, y muy despacio cuando no les molestaba a los ojos.

—Era un sabio—se dijo en silencio.

Pero habíamos del Sol. Allí iba con los gitanos por esos caminos de Dios, sin comer más que la hierba pisada de las orillas del camino.

Mas no creáis que el caballo había dejado de pensar. Ahora pensaba en tener una vida tranquila, aunque fuera pobre. Y cuando alguien se acercaba a comprar un caballo, el Sol cojeaba con picardía. Mejor estaba con los gitanos, a su vieja edad, aunque apenas comiera, que trabajando con un burro en un arado, o muriendo a cornadas en una fiesta de toros.

Y todavía hizo más: y fué que imitó una coja imponente, encogidas las nalgas, en medio del campo, cuando los gitanos iban de un pueblo a otro.

—A este caballo blanco hay que dejarlo aquí que se muera solito...—dijo uno.

—Es lo mejor—dijo otro.

Y así lo hicieron. Y únicamente un gitanillo moreno, descalzo y con los dientes muy blancos, se volvió, y cuando nadie lo veía, tiró hacia el jaco viejo el pedazo de pan que se iba comiendo.

Y allá se quedó el Sol, que le dió pena de los pequeños; pero la vida es así. Y cuando todo el grupo de gitanos, gitanas, *churumbelés*, caballos, burros, perros y un mono, se perdieron detrás de una colina, el jaco se quitó la cojera, trotó para desentumecerse, comió más yerbas frescas de un regato haciendo un fuerte ruido de arrancar, jugó un poco con una mariposa que le toreó con salero... y salió trotando, aunque se cansaba pronto.

Siguiendo el regato, que era lo que más fresca yerba tenía, se encontró un río a los dos días. Y siguiendo el río, a cuyas orillas el verde era abundante, a los cuatro días encontró el mar.

¡El mar! Este jaco del cuento no conocía el mar y se quedó asombrado. Entró un poco por la playa y se mojó los cascos. Jugaba con las olas como con la mariposa, aunque ahora le toca a él torear las.

Se metió más... y de pronto vió un tiburón enorme que venía a morderle las patas.

—¡Eh, eh! Eso no vale... A ver si te doy un cocécita...

—No será tanto—dijo el pez un poco flamenco.

Total, que no se tocaron, porque eran iguales de tamaño, y no sabía ni cuál saldría perdiendo.

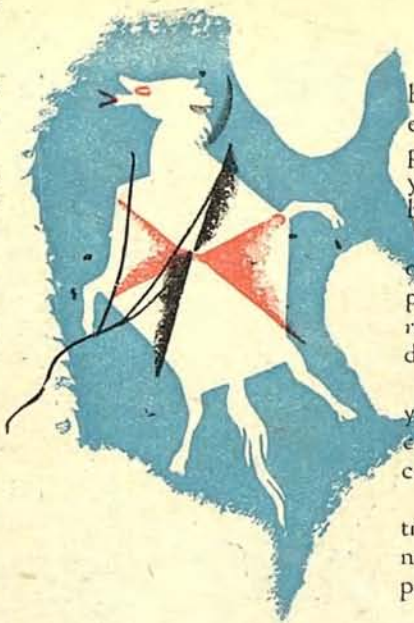
—Me gustaría ser tiburón—dijo el Sol.

—Y a mí ser caballo.

—¿Por qué no formamos un bicho mixto de caballo y tiburón?

—¿Cómo?

—Comiéndonos el uno al otro vivos.



—Sí, pero... ¿cuál come?

—El que le toque. Echaremos a suertes.

Le tocó darse el banquete al caballo, que había de comérselo vivo, porque si no, no haría efecto la mezcla. Abrió la boca más que una puerta por donde fuera a entrar una carroza real, y como las escamas eran suavécitas, pasó bastante bien el tiburón.

Y sí que se organizó un bicho muy gracioso, que por tierra andaba hacia adelante, pero que por el mar iba como el cangrejo, porque el tiburón había quedado con la cabeza atrás, dentro del jaco, y era el que mandaba en el agua.

Se metían por las profundidades del Océano, y el Sol tenía la obligación de comerse cuantos peccecillos pudiera, para que en su estómago se los comiera el tiburón.

Y he aquí que una vez, entre los peces que se tragó, uno iba prendido a un anzuelo. El caballo notó en la garganta las cosquillas de la cuerda, pero no sabía qué era.

El tiburón se comió el pez, y al saborearlo se clavó él el anzuelo. Tiraron los pescadores desde una roca, y su sorpresa fué enorme al ver salir un caballo.

El Sol, cuando se vió en tierra, comenzó a correr. Pero los pescadores no soltaban. Y entonces el tiburón, a pesar de ser a contraescama, salió por la boca del caballo y quedó en poder de los pescadores.

El caso es que el jaco blanco salió corriendo, un poco molesto por la búsqueda del enorme pez, pero encantado porque había visto los misterios del mar, y hasta había paseado en sus lomos a unos pulpos chicos, como a los niños del parque público.

Ya no le faltaba más que volar. Entonces, como el tiburón le había dejado el estómago ensanchable, se fué a las afueras de un pueblo, donde los niños jugaban. Y en un momento de esos en

que las cometas fallan y caen, el Sol salió de detrás de un árbol y se tragó una muy grande.

Los chicos, al ver aquello, corrieron, más asustados que nunca, con el extremo de la cuerda en la mano. Y el jaco, que al tragarse la cometa había quedado con la forma de ésta, pero con las cuatro patas y la cola colgando y la cabeza alta, se dejó llevar.

Total, que al tirar tanto los chicos, subió el caballo por el aire; que al verlo los muchachos se aterraron y soltaron la cuerda; que siguió subiendo y subiendo el jaco..., y que anda ahora por el cielo, y ya para siempre, y montan en él los angelitos juguetones y pequeños, como antes montaban los niños del parque, y después aquellos pulpos que si no iban de pantalón corto, tenían como edad la alegría de niños de diez años.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



El príncipe pp.



La salida.
La espantosa tormenta en lo alto de unas rocas.



EL príncipe Pepe salió por las puertas de la capital de Esterona, sin que los soldados centinelas se dieran cuenta de que se trataba del hijo pequeño del rey.

Iba a pie, porque lo primero que iba a recorrer era unas montañas sumamente rocosas, donde sólo podían andar cabras, y donde no había sino pueblos miserables que con las cabras iban viviendo.

Ya iba muy avanzada la subida, y al saltar de un sitio a otro, dejando en medio una sima tremenda, se le escurrió un pie y quedó colgando de las manos, sobre un fondo rocoso de veinte metros.

Fué horrible el incidente. Dio grandes gritos:

—¡Pastores! Pastores!

Pero nadie acudía, y sus dedos, ya ensangrentados, cada vez notaban más sensiblemente que sus yemas patinaban.

—¡¡Pastores!! ¡¡Pastores!! — seguía gritando, temeroso de matarse y no poder encontrar la flor que salvara al príncipe heredero.

Pero oyó de pronto una cencerita: eran cabras; gritó otra vez, ladró un perro, y al poco rato notó que alguien le cogía los dedos y las muñecas, y tiraba de él.

Por poco caen los dos, y si no cayeron fué porque un mastín cogió de la zamarra a su amo el pastor.

El príncipe se había salvado al fin. Dió un billete al pastorcillo y siguió subiendo, siempre atento al suelo, por si aparecía la flor morada.

Y he aquí que cuando estaba más en la picota, el cielo se encapotó; se puso morado, casi negro. Y sonaron unos truenos que parecían la muerte de la humanidad entera. Rayos, centellas, relámpagos... El espectáculo era horrible! El príncipe Pepe pensó en volver; pero no quiso, porque no volvería sin la flor morada.

La tormenta estaba sobre las rocas, de tal forma que abrasó con sus rayos los pocos árboles que quedaban.

El príncipe vió una chispa cruel que quemaba todo un rebaño de cabras, dejándolo negro, y otra un rebaño de ovejas, y otra una vaca y su ternero... Todo lo vió desde la punta de la roca el príncipe.

Y cuando la niebla se elevó un poco y pudo ver el pueblo, se acercó a él. La gente lloraba con angustia. Habían perdido todos sus ganados y quedaban en la espantosa miseria. El príncipe sacó la cartera y dió casi todo su dinero, repartido entre los desgraciados; luego, en una de aquellas casas, recibió lumbre y cama pobre y limpia.

Al día siguiente continuaría el viaje. Ya veréis lo que le pasó.

Paco Metro y Pico.

El naturalista.



Los picotazos que me han dado las aves por mirar los nidos.



Yo soy naturalista y me llamo don Cacerolo Reptil. Me entusiasman las cosas de la Naturaleza, y sobre todo las de la Zoología, o sea las de los bichos.

Un día me puse un sombrero de esos de paja que llevan los segadores y me fuí a estudiar los nidos curiosos de las aves, ya que, desde el de la golondrina, que ella endurece empleando su propia saliva para hacer los pegotitos y pone una trama de pajas o hilos para darle fuerza, hasta los nidos de los buhos y mochuelos, que los hacen en los agujeros de los troncos misteriosos, hay una maravillosa colección de viviendas de los pájaros.

A mí me ha dicho un pajarito, que son estupendos los más sencillos, hechos de hojas, pajas, pelos, plumitas y todo eso, y que resultan suaves y blanditos para que nazcan los tiernos gorriónes. Pero me contaba que un día visitó los nidos de unos pájaros que llaman republicanos, y que se llaman así porque hacen sus nidos muy próximos unos de otros, y entre todos los vecinos se hacen una gran techumbre de paja que los tapa todos. Viven como en una República, o por lo menos como en una casa de vecindad. Mi amigo el pajarillo me dijo que cuando le vieron que estaba curioseando salieron detrás de él nueve, como una escuadrilla de aeroplanos. Pero no le alcanzaron...

Yo he visto el nido cubierto de los horneros, que se lo hacen de barro muy duro, como un horno de cocer pan. Y lo gracioso es que tienen dos habitaciones. Y ponen los huevos en la última, para que no se llegue con la mano. Yo le decía a un hornero amigo mío que en la habitación de delante pusiera un par de cuadritos como en un recibimiento. Y me contestó:

—Lo que debía poner era un cepo para los dedos de los muchachos...

Una oca, que era igual que las del juego de la oca, me dijo una tarde:

—¿Y qué me dice usted del somormujo?

El somormujo es una de las muchas aves nadadoras; pero que se hace el nido flotante, con juncos y hojas de poco peso. Y lo esconde entre los cañaverales, cambiándolo de sitio con el remo de la gata, que da risa verle.

No nos olvidemos del pájaro sastre, que para el nido se cose dos o tres hojas de higuera, pasando con el pico unas fibras que saca del algodnero. Ni del ave martillo, que cuando tiene el barro blando pega piedrecitas brillantes y hasta vidrios y botones. Ni del baya, que hace un nido de mucho fondo, y en el interior pega luciérnagas para que se lo iluminen...

Claro que yo he recibido ya siete picotazos en la nariz, por curiosear.

Cacerolo Reptil.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

la persona, el animal, y el mueble.

LOS DIBUJOS INFANTILES.—Bases que habéis de leer con atención antes del envío, si no queréis que el dibujo vaya al cesto:

1.ª Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una PERSONA (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



36.—Gloria R. Porre-
ro Chavarri.
Madrid.

37.—Fernando R. Po-
rrero Chavarri.
Madrid.

38.—Claudio R. Porre-
ro Chavarri.
Madrid.



39.—Carlos Balles-
teros.
Madrid.



40.—Victor Uriarte.
Madrid.



41.—Aurora Fernán-
dez Marcitllach.
Madrid.



42.—Enrique Dueñas.
Madrid.



43.—Manuel Tamayo
Castro.
Madrid.



44.—Dámaso León.
Madrid.



45.—Tití León.
Madrid.



46. Enrique Tierno.
Madrid.



47.—Carlos S. de la
Calzada.
León.



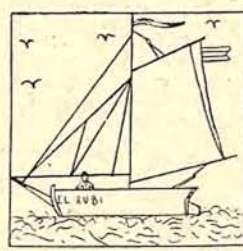
48.—Pilar Villagrasa.
Zaragoza.



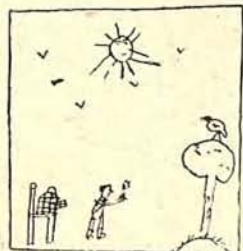
49.—César Colmena
Solís.
Madrid.



50.—Carlos Tejedor.



51.—Blanquita Antón.
Madrid.



52.—Victoria Gómez
Caminero.
Madrid.



53.—Jaime Durán.
Madrid.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

36. Gloria cumple con las bases; pero... ¿es un perro o una paloma? Lo mejor, los tiradores de la cómoda.—37. ¡Magnífico dibujo! El trigo es lo mejor de la cosecha de este año.—38. Buen cacharro indio el de Claudio. Es un dibujo de miedo.—39. Don Carlitos será dibujante. El loro está... hablando. El personaje es de lujo.—40. Buenas copias las de Victor. Todos esos muñecos son amigos nuestros.—41. ¡Qué graciosa es Aurora! Están flacuchos y mojados el domador y sus compinches.—42. Este Enrique siempre ha sido un bromista de los buenos.—43. ¡Vaya trabuco! Parece un trozo de papel. Y vaya manta linda...!—44. Dámaso: lo mejor que has pintado es el peinado del pollo "pera"... y el pañuelito.—45. Esto es muy, muy, muy, muy gracioso. ¡Cómo llora porque le comen el desayuno!...—46. Este dibujo es como una instantánea estupenda, que le hubiera cogido saltando al bicho.—47. Carlillos sabe pintar pantalones, y armarios y perros... Y es el que mejor pinta suelos.—48. Este es un dibujo bellísimo. El árbol está muy bien.—49. ¡Vaya perro sabiendo tumbarse en el sillón, y qué alfombrita, amigo César!—50. ¿Y esto? ¿Quién me dice que este dibujo no tiene gran emoción poética?—51. Blanquita ha pintado un mueble navegando, muy bien por cierto, y varios bichos voladores.—52. ¿Es que el Sol está pegando un puntapié a un pájaro? El dibujo me gusta.—53. ¡Viva la gracia torera de Jaime, y bendita la gitanería del banderillero! ¡El público aplaude al dibujante!

Cosmópolis

Revista mensual de lujo, de arte, de literatura, de actualidad y de deportes.

Sección infantil con cuentos, curiosidades, chistes y concursos.

UNA PESETA SOLAMENTE

Todas las familias leerán

Cosmópolis

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Todo el pueblo de Villacaballos de cartón



LA FRASE

DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 5 pertenece al capítulo

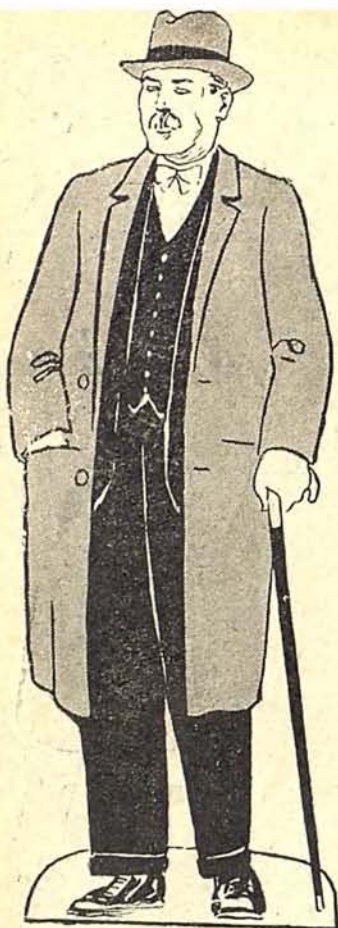
(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 ó 42 de esta serie.)

PLIEGO QUINTO.—61. Tinito, medio del *Ojo del Gato F. C.*, que fué el que dió un balonazo, sin querer, a una señora en el sombrero de pájaros disecados.—62. Carlos Cea, medio, que una vez dió al balón, cayó fuera también, y se metió en el pincho del casco de un guardia.—63. Pérez Mola, que tiene tanto tino al chutar, que pega a un sombrero a cincuenta metros.—64. Zamatra, el portero, que se prueba haciéndose tirar goles desde los dos lados de la portería.—65. Sevilla, defensa, al que llaman el *Ratón Bombón*, por lo regordete, famoso porque se mete contra el enemigo sin miedo.—66. Otro defensa, llamado Romero, que regatea con más gracia y mejor que nadie.—67. Ricardo Pino Carris, que con la cara y todo juega bien, pero... miedosillo.—68. El largo Sanz, que llaman *Mondadientes*, y se pasa los partidos mascando goma de mascar. Se ríe la gente con él.—69 y 70. Pepín Torón y Mena, que se pasan muy bien y son delanteros del ala izquierda.—71. Costa, capitán del equipo, que es abogado y tiene dos hijas.—72. Castuera (don Fernando), árbitro justísimo, y al que en Villabalines del Tiro tiraron a la cara un caballo de cartón, porque decían que favorecía a los de Villacaballos de idem.—He ahí la caricatura del llamado *Ratón Bombón*, por el dibujante Sori, que publicará cosas en el periódico de Villacaballos.—73. La señora Ana Laibach, austríaca, directora del Colegio de la Buena Letra, que gruñe; los niños creen que es antipática y en el fondo la quieren de veras.—74. Marina, saladisima, que hace muñecas con papeles de colores.—75. Encarnita, buena y alegre como ninguna.—76. Cruz, muy lista, que sabe mucha Historia de España y de Villacaballos.—En el próximo número, marinos y... lo que no os digo.

(Dibujos de Oscar.)

EL GATO ADIVINO

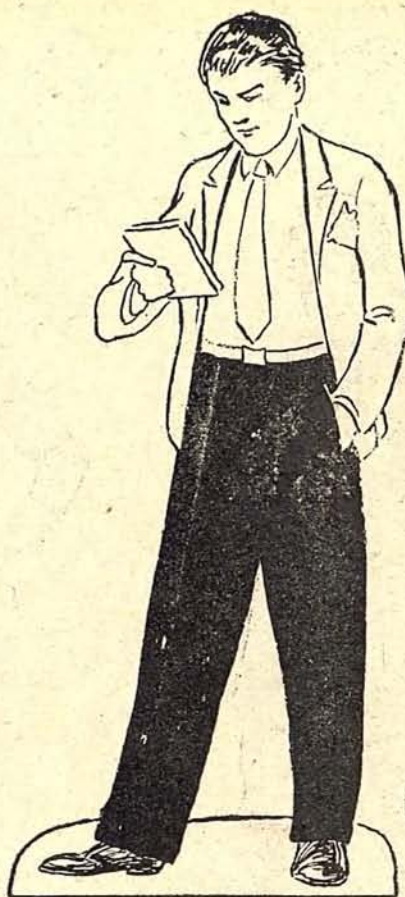
Cupón A para el envío de las soluciones correspondientes a los números 5, 6, 7 y 8.



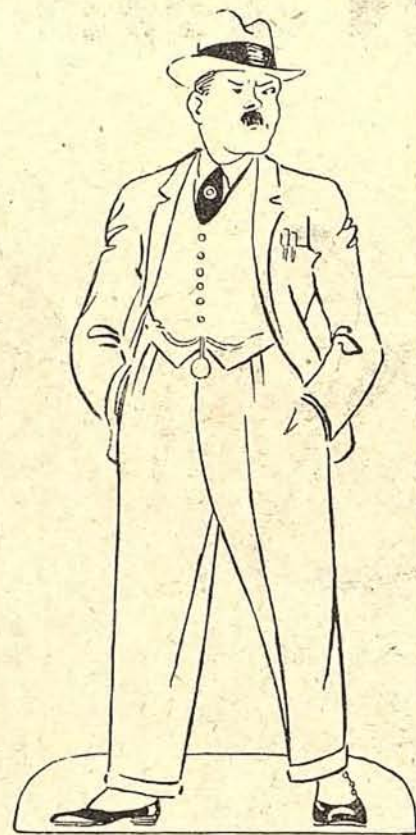
Don Santiago



Manolita



Antonio



Sancho Derecho

“EL ECO DE VILLACABALLOS”

En breve, muy en breve, una de las hojas de EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO será cedida a estas cuatro figuras, que van a publicar todo un periódico quincenal, con noticias, artículos, modas y caricaturas, titulado:

“El Eco de Villacaballos”

Lo va a dirigir don Santiago Tren, el catedrático, que escribirá algunos artículos de curiosidades.

Manolita Cienfuegos se encarga de la sección de modas, de todo lo que se refiera a niñas y muchachas, y contará cuentos.

Antonio Albaricoque, que es el que se firma “Sori”, publicará caricaturas de los más importantes personajes que hayan salido ya. Por eso debéis guardar todo el pueblo, para luego compararlo.

Por último, don Sancho Derecho, concejal y dueño de una tienda de juguetes, será encargado de las noticias, y veréis qué noticias tan pintorescas y espeluznantes va a publicar.

Compre todo el mundo EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO, y cada quince días se encontrará con el periódico villacaballense, que se va a titular:

“El Eco de Villacaballos”

LOS PADRES DE LOS NIÑOS

Compan a sus hijos
la colección titulada

26 CUENTOS INFANTILES
EN ORDEN ALFABETICO

(3 tomos, a cuatro
pesetas cada uno)

Por ANTONIORROBLES

Dibujos de TONO

DE LOS CUALES HA DICHO EL ADMIRABLE HUMORISTA LUIS DE TAPIA:

¡Veintiséis cuentos
de Antoniorrobles,
breves, graciosos,
ingenuos, nobles!...

¡Edición rica
(que yo aquí abono),
con dibujitos
de muy buen Tono!...

¡Veintiséis cuentos,
siempre contados
con labios frescos
y colorados!...

¡Con peripecias
bien infantiles,
que en esta vida
se dan a miles!...

Con sus pirulos,
y con sus duendes
y sus payasos...
(Tú ya me entiendes.)

¡Antoniorrobles
tiene talento,
y esto, señores,
sí que no es “cuento”!

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



QUERIDO Pepín: ¡Cuánto me acuerdo de ti siempre que se habla de cine o de fútbol! Recibí tu carta, en la que me decías que en Villaquesitos de Bola no hacías ahora más deporte que jugar a la rana, y que con eso ganabas gran cantidad de racimos de uva dorada al dueño de la finca vecina a la tuya. ¡Que sea enhorabuena!

Aquí estamos un poco tristes todavía por aquel fracaso del *Madrid* frente al *Athletic* de Bilbao, de hace un mes, que hizo que por un tanto los madrileños perdieran el campeonato. Pero como los bilbaínos lo ganaron noblemente, da gusto reconocerles su triunfo.

Ya empieza el verano, y cada vez somos más los pollitos que vamos sin nada a la cabeza. Algunos nos critican, pero es mucho más cómodo, y la vida, para que sea agradable, debe tomarse con comodidad, siempre que no se perjudique con ello a otras personas.

De cine te diré que el otro día estuve viendo *Aguilas*, magnífica cinta, donde los aeroplanos dan maravillosas volteretas por el aire y todas esas cosas, y hay un aviador que salva a uno que está regañando con él, y así se demuestra que los aviadores, que son gente valiente, son por eso mismo buenas personas. Los valientes tienen buen corazón. En esta película se ve a las escuadrillas de aviación hacer volatines, y una vez va la máquina del operador dentro del aeroplano, y se ve al suelo dar volteretas en la pantalla.

También vi una película de dibujos que se titula *Tortilla a la española*, en la que hay una corrida de toros. ¡Chico, qué divertida es!

Se ve cómo llevan el toro a la plaza, atado de una cuerda. Y se le ve al bravo toro quitarse los cuernos y afilarlos en una rueda de afilar antes de la corrida. ¡Qué risa!

Una de las cosas más saladas es que una vez se quita el bicho el rabo y se pone a saltar a la comba con él. ¡Yo me ponía malo de reír en la butaca!... ¡Pues y cuando alargó los cuernos, como un matasuegras, para ver si puede coger al torero?... ¡Y cuando el torero le mata, y le ata los cuernos como si fueran las puntas de un pañuelo?... Además, como es sonora, se le oye mugir al toro dibujado... y al principio se asusta uno un poco y luego es una risa.

Me reí aún más que con tus chistes, querido Pepín.

Te abraza fuerte

El pollo Guinda.

—¿Por qué no vas a vernos a mi casa de campo?

—Iré el domingo. ¿Cómo se va?

—Te bajas en la estación del pueblo, preguntas por la calle del Bote, y en seguida encontrarás "Villa Casilda". Empujas la verja con el pie y entras.

—¿Y por qué con el pie?

—¡Hombre! Porque me supongo que llevarás las manos ocupadas con los regalos.

El pollo guinda.



La nobleza del fútbol y la nobleza de la aviación. Un toro de risa.



Chistes de Pepín.

El enano Tachuela tiene una magnífica tienda de muebles. Allí hay espejos, camas, mesas, sillas, armarios y percheros. Allí hay de todo, como en los dibujos de la persona, el animal y el mueble.

Pero como el enano Tachuela está un poco embrujado, todos los muebles de su casa lo están también. El sereno de la calle anda asustado, porque dice que de noche se arma un gran escándalo en la tienda. Y es que los muebles tienen grandes fiestas: bailan, corren y se pegan, porque los hay de mala intención, aunque también los hay buenísimos y amables.

De cuando en cuando entra un comprador, que no sabe lo de los embrujamientos y compra algún mueblecito; por eso yo voy a referir en varios números de *EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO* lo que ha pasado después con esos muebles comprados.

Por ejemplo, contaré lo que pasó con la sillería que adquirió don Restituto Risa para el comedor de sus hijos.

Eran seis sillas hermanas, iguales y bromistas, que se llamaban Antonia, Amalia, Anita, Agustina, Anastasia y Amanda.

Por la noche trepaban por las mesas, hacían torres hasta llegar al techo y las gustaba ver cuál era la que se sostenía más tiempo en equilibrio sobre dos patas o sobre el respaldo.

Cuando los niños de la casa llegaban del colegio y dejaban sobre las sillas la gorra o los libros, en cuanto se descuidaban lo tenían en el suelo, y se echaban la culpa unos a otros los chiquillos.

A la hora de comer la silla Anita, que era la más mala, se retiraba y el niño Bruno se caía un golpetazo. ¡Y le daba una rabia!...

Lo gracioso fué que un año, en una noche de Carnaval, se pusieron las chaquetas de don Restituto y de sus hijos vueltas del revés, cogieron las caretas que los niños habían dejado por allí y se fueron a dar broma a las sillas de la sala, a las sillas de la cocina y a las del despacho. Pero se encontraron con que ya en el despacho estaba leyendo don Restituto, y al verlas aparecer cogió el bastón y las pegó fuerte en el asiento, como en las nalgas de un burro.

Corrieron como potros por el pasillo hasta el comedor, y se quedaron muy formales, y ya no tuvieron ganas de broma en mucho tiempo, y por la noche se inclinaban unas sobre las otras y se dormían...

Lauro de la Sandía.

Homero, el gran poeta de Grecia, de diez siglos antes de J. C., cuenta que para aboderarse de Troya los griegos hicieron de madera un inmenso caballo a las puertas de la ciudad, se escondieron muchos en el vientre y los demás se fueron. Los troyanos salieron y metieron el caballo, haciendo una brecha en el muro. Y a media noche se escaparon los del caballo, abrieron todas las puertas y entraron todos los demás soldados griegos, que ya estaban otra vez preparados al pie de las murallas.

El mueblista.



Los muebles del enano y la sillería que se disfrazó en Carnaval.

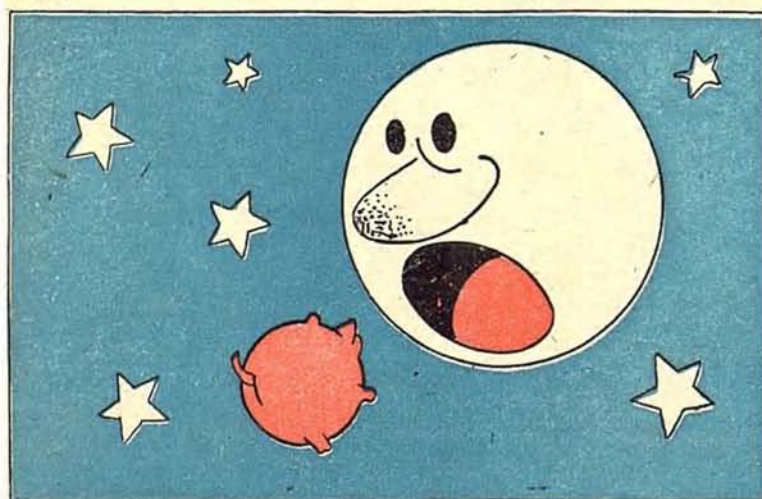
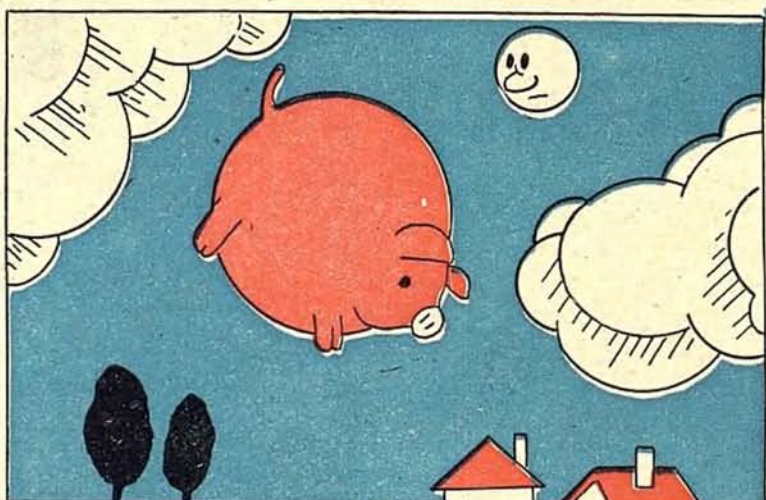


Curiosidades.

el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

CLOTONERIA



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

Los do- min- gos



de Chin y Bely

El sábado fué el tío de *Bely* y le compró un aeroplano a la niña. Era un aeroplano de juguete, que se le daba vueltas a la hélice y tenía unas gomas, y al soltarla salía volando un ratito.

Por eso el domingo salieron *Bely* y su muñeca *Chin*, se encaminaron hacia el bosque, y tiraban el pequeño avión, que subía vertiginosamente, y luego caía a toda velocidad.

Los pájaros de preciosas plumas decían al principio:

—¿Pero qué pajarito nuevo es éste? Habrá que picarle, no sea que venga en contra nuestra.

Pero pronto se dijeron:

—¡Ca! No es pajarito. Es que andan *Chin* y *Bely* por el bosque. No me acordaba de que hoy era domingo...

Algunas veces se quedaba el aeroplano por las ramas de los árboles; pero un mono que venía con ellas, divirtiéndose con el juguete, trepaba más ligero que una bala y lo traía. Y cuando le daban las gracias, se azaraba mucho, porque nunca había hablado con personas, y decía muy bajito:

—De nada, niñas.

—Si yo no soy niña, tonto—le decía *Chin*—; si yo soy una muñeca—. Y le daba palmaditas simpáticas, como caricias.

Lo malo fué que haciendo volar y volar al aeroplano, se fueron por bosques que no conocían, y de pronto se encontraron con un príncipe como de cuento, dueño del castillo del bosque, que al verlas en su terreno, dijo:

—¿Es que venís a robar?...

—No, señor príncipe.

—Pues yo he visto que ese mono que hay en el árbol te ha echado frutas...

—No; era este juguete...—dijo *Bely*, llena de susto, porque el príncipe tenía cara de diablo, aunque no lo era.

—Pues mataré al mono, por si acaso.

Tiró, se asustaron mucho, y el monito pudo huir saltando de un árbol a otro.

—Señor—suplicó la muñeca—; no sea usted malo con él, que parece un chiquillo gracioso...

El príncipe comprendió que *Chin* tenía razón; pero le dió rabia que una muñeca tuviera más razón que él, y la tiró contra unas zarzas, y se fué.

Bely se arañó para salvarla, y la sacó toda despeinada y rota. Y así bajaron al pueblo. Allí la arregló, la cosió, y para celebrar el que salieran con bien, compró a *Chin* una artesa de juguete, donde luego la muñeca jugaba a lavar...

Tinita.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid



1. Luisito lleva tres horas atronando la casa con el estruendo de ese cantar de moda.

2. Los ruegos y amenazas de su mamá no consiguen hacerle callar.

3. Luisito sigue cantando como un desesperado, insistiendo en sus deseos.

4. Y al verlos logrados con la presencia del carbonero..., resultó que "no" lo quería.



1. Pues sí, chico; aquello fué una lucha espantosa. ¡Qué batalla!

2. La vanguardia atacaba furiosamente en los dos bandos...

3. ... pero la defensiva, con gran valentía, despejaba el campo burlando a los atacantes, cuando..

4. —Muy bien, hijo mío. Ya he oído cómo explicas a Pepín una batalla histórica.
—No, papá; es un partido de fútbol.



el perro,
el ratón y
el gato...

Ayuntamiento de Madrid

momento. Sus miradas feroces y su manera de andar, lenta y altiva, los distinguía de los "indios mansos".

—Son navajos?—pregunté.

—Sí, señor, sí—contestó Godé, muy excitado en la apatencia—; son esos condenados de navajos.

—No es posible confundirlos—añadió Saint Vrain.

—Pero los navajos son enemigos declarados de los habitantes de Nuevo Méjico—dice—. ¿Cómo es que están aquí? ¿Son prisioneros?

—¿Tienen acaso el aspecto de prisioneros?

Efectivamente, ni en sus miradas ni en sus gestos revelaban el menor signo de cautividad. Andaban orgullosamente por la calle, echando a los transeúntes miradas salvajes y despreciativas.

—¿Qué hacen aquí? Su país está situado muy lejos, hacia el Oeste.

—Este es uno de los secretos de Nuevo Méjico, sobre el cual os ilustraré en otra ocasión. Ahora se ven protegidos por un tratado de paz que lo está ligando hasta el momento que no les convenga observarlo más tiempo. En este instante están aquí tan seguros como nosotros, o quizá más aún, y no me causaría extrañeza verlos esta noche en el baile.

—He oído decir que los navajos son caníbales.

—Y es la verdad. ¡Miradlos! Ved cómo miran a ese niño, que parece temerlos instintivamente. Afortunadamente para el chiquillo, es de día ahora, que si no es probable que le ahogaran bajo los pliegues de sus mantos.

—¿Habláis con seriedad, Saint Vrain?

—Os aseguro que no estoy de broma. Si no me engaño, la experiencia que tiene Godé sobre el asunto podrá confirmar lo que acabo de deciros. ¿Qué decís, viajero célebre?

—Que no habéis dicho más que la verdad, señor. He sido prisionero durante tres meses, no en la nación de los navajos, sino en la de los condenados apaches, que vienen a ser lo mismo que ellos. He visto comer a los indios hasta tres niños después de asarlos, como si fueran gibas de búfalos. Señores, es la pura verdad.

—¡Parece increíble!—exclamé.

—Creedlo, amigo mío—dijo Saint Vrain—; tanto los

tal de Nuevo Méjico, metrópoli de la pradera, paraíso de mercaderes, tramperos y ladrones.

—¿Y es éste el progreso de trescientos años? Parece más bien que este pueblo apenas ha pasado por las primeras etapas de la civilización.

—Decid más bien que está pasando por las últimas etapas de ella. Aquí, en este encantador oasis, encontráis pintura, poesía, baile, teatro, fiestas y juegos artificiales, con todo cuanto caracteriza a una nación en su decadencia. Veréis también a muchos Don Quixotes, a muchos Romeos sin corazón y a ruñanes sin valor. Encontréis muchas cosas y difícilmente virtud y honradez.

—¡Pobre país el que se encuentra en ese estado que describís!—exclamé.

—¡Hola, mozo!—dijo Saint Vrain elevando la voz.

—¿Qué queréis?—preguntó un sirviente de la fonda, entrando.

—¿Hay café?

—Sí, señor.

—¡Tráednos en seguida dos tazas.

Retiróse el sirviente y entró Godé.

—¡Ah!—dijo Saint Vrain—; aquí tenemos al viajero canadiense. ¿Tráis el vino?

—Un vino delicioso, Mr. Saint Vrain. No lo tenemos mejor en Francia.

—Tiene razón Haller—me dijo mi amigo—; bebed y os sentiréis más fuerte que un búfalo. ¡Mirad!, fermenta como un manantial de sosa.

—Es delicioso—repitió Godé.

—¡Qué aroma tiene! ¡Cielos! ¡Qué vino van a hacer los yanquis con las uvas de Nuevo Méjico!

—¿Cómo?—pregunté, admirado—. ¿Creéis que los yanquis aspiran a poseer este dominio?

—No sólo lo creo, sino que lo sé. ¿Por qué no lo han de querer? Esta provincia en poder de sus actuales poseedores no vale nada. ¡Ah!, aquí está el café.

El mozo acababa de entrar, trayéndonos la aromática bebida que había pedido Saint Vrain.

—Bebed—me dijo éste—; el café os pondrá en estado de salir de la cama.

alojamos en una fonda, donde procuramos, con el espumoso vino de El Paso, olvidar los trabajos que me habíamos sufrido durante nuestra travesía por la pradera.

Al día siguiente de nuestra entrada en la fonda me despertó la voz del sirviente Godé, quien, al parecer, estaba muy contento, pues interrumpía el silencio con una canción francesa del Canadá.

—¡Ah, señor!—exclamó, al verme despierto—, esta noche tenemos gran función, baile, lo que estos condenados de mejicanos llaman fandango. ¿No es verdad que os alegráis de ver un fandango mejicano?

—No, Godé. Mis compatriotas no son tan aficionados al baile como los vuestros.

—Es verdad, señor; pero el fandango es muy curioso; es una mezcla de bolero, vals y otra porción de cosas. Veréis allí muchas niñas bonitas, de ojos muy negros. ¡Ah! ¡Ya veréis, ya veréis!

Y el canadiense empezó a tararear una canción española.

—¡Ah!—continuó—. Aquí viene Mr. Saint Vrain. Escuchad, dice el señor que nunca ha visto un fandango. No sabe lo que es bueno.

—Oye, Godé—dijo mi amigo.

—¿Caballero?

—Corred a escape y pedid que os presten, comprad o robad una botella de vino de El Paso.

—¿Ensayo primero el robarla, señor Saint Vrain?

—preguntó Godé, haciendo un gesto de inteligencia.

—No, ratero canadiense; pagadla; aquí tenéis dinero. Cuidad que sea el mejor Paso, ¿oís?; frío y espumoso. Idos corriendo. ¡Hola!, valiente jinete de búfalos; ¿estáis aún en la cama?

—Me duele mucho la cabeza—le contesté.

—Y a mí también; pero Godé nos traerá pronto la medicina. La mancha de la mora, con otra verde se quita. Vamos, levantaos.

—Esperad hasta que tome la dosis de vuestra medicina. Tenéis razón; así estaréis mejor para vestirlos. ¿No os parece que nos sienta mal la vida de la ciudad?

—Pero ¿llamáis a esto una ciudad?

—Así la llaman por aquí: la ciudad de Santa Fe, capi-

Era el asqueroso buitre de la llanura. ¿De dónde venía? Sin duda desde una elevación fuera del alcance de la vista humana, había descubierto u olfateado los antílopes muertos, y descendía por medio de sus anchas y silenciosas alas para entregarse a un festín de cadáveres.

Después otro y muchos más sembraron de motas oscuras el campo azul del cielo, describiendo curvas y girando rápidamente hacia la tierra.

El que había aparecido primero descendió a la orilla, y, después de mirar a su alrededor, batió sus alas y se dirigió a su presa.

Pocos segundos después la pradera estaba negra de buitres que, agarrados a los antílopes, batían sus alas, al mismo tiempo que arrancaban los ojos de mis dos víctimas con sus asquerosos picos.

En seguida aparecieron muchos lobos, rastreros y hambrientos, saliendo de entre los cactus y deslizándose como cobardes entre la verde hierba de la pradera. Los lobos, después de un combate, hicieron retirarse a los buitres, y despedazaron la presa, al mismo tiempo que lanzaban gruñidos y se mordían unos a otros, vengativos.

—Gracias al cielo, pensé, me veré libre de esto.

Poco tardé en ver más aquel espectáculo: mis ojos estaban más bajos que el nivel de la orilla del arroyo. Había arrojado mi última mirada a la verde pradera; sólo podía ver la pared caliza que contenía el riachuelo y el agua que se deslizaba sin fijar la atención.

Volví a clavar mis ojos en el cielo, y, pronunciando una oración, procuré resignarme a mi fatal destino.

A pesar de mis esfuerzos para estar tranquilo, acudí a mi memoria, asediándome, el recuerdo de los placeres del mundo, de los amigos, del hogar, causándome a intervalos próximos momentos desesperados que me hacían renovar mis inútiles esfuerzos.

Un relincho de mi caballo volvió a atraer mi atención.

Se me ocurrió una idea que me infundió nuevas esperanzas. Quizá mi caballo...

No perdí un momento. Llamé a mi caballo con toda la fuerza de mi voz. Sabía que si llegaba a oírme vendría a buscarme, porque le había atado muy ligeramente y

arrancaría las hojas del cactus. Volví a llamarle y repetí algunas palabras que conocía muy bien; después escuché, palpitándome el corazón con violencia.

Durante un momento reinó el silencio; en seguida llegó a mis oídos el choque de sus cascos, como si el animal hiciera esfuerzos para ponerse en libertad, y, después, escuché su paso regular y medido al tiempo que galopaba.

El ruido se fué aproximando, haciéndose cada vez más claro, hasta que el noble bruto apareció en la orilla, donde se detuvo y arrojó un prolongado relincho. Estaba asombrado y miraba a todos lados.

Sabía yo que una vez que me viera no pararía hasta que aplicara su nariz a mi cara, como tenía por costumbre, por lo cual levanté una mano y pronuncié las mágicas palabras.

Miró hacia abajo y me vió; entonces, encogiéndose, saltó al riachuelo. Un instante después me había apoderado de la brida.

No había tiempo que perder. Iba hundiéndome cada vez más, y mi pecho tocaba ya en la arena del remolino.

Cogi el ramal y, después de pasarlo por debajo de la cincha, lo até a ella con un nudo muy fuerte. El resto de la cuerda lo pasé alrededor de mi cuerpo. Había dejado bastante ramal entre la anilla y la cincha para poder guiar al animal, en el caso de que al arrastrar mi cuerpo me lastimara.

El animal parecía comprender lo que estaba haciendo; también conocía la naturaleza del terreno que estaba pisando, porque no cesaba de mover alternativamente los pies para evitar su hundimiento.

Mis preparativos terminaron en seguida. Presa de una ansiedad terrible, hice la señal para que mi caballo empezara a andar. Este, en vez de arrancar con un movimiento brusco, caminó con lentitud, como si comprendiera mi situación. El ramal se estiró, sentí que mi cuerpo se movía y un instante después experimenté un placer inefable, un sentimiento que no puedo describir, al verme sacado de entre la arena.

Me puse en pie lanzando un grito de alegría, y me avalancé a mi caballo, cuyo cuello abracé, al mismo tiempo que le besaba con tanta delicia como si hubiera sido



—¿Qué es ese fandango de que me ha hablado Godé?

pregunté a mi amigo.

—Ahí, es cierto; vamos a tener uno soberbio esta

noche. Iréis, ¿no es cierto?

—Sí, por curiosidad.

—Bien, podéis satisfacerla. El fantárron del goberna-

dor honrará el baile con su presencia, y se dice que su

linda esposa le acompañará; pero no lo creo.

—¿Por qué no?

—Porque tiene mucho miedo de que uno de estos atre-

vidos americanos se la lleve en su caballo. Hechos seme-

jantes se han visto ya en este valle. Es muy linda—conti-

nuó Saint Vrain como hablando consigo mismo—, y sé

de un hombre... ¡Maldición sobre el tirano! Pensad en

ello!

—¿En qué?—le pregunté, sorprendido.

—En el modo que ha tenido de sangrarnos. ¡Quinientos

duros por cada uno de los cien carros de la caravana, o

sean cincuenta mil duros!

—¿Pero son para él? Yo creía que eran derechos del

Gobierno...

—¿Gobierno? No; todo se lo guardará. El es el Go-

bierno aquí; y con la ayuda de esta contribución va a

governar a estos miserables habitantes con una vara de

hierro. ¡Pobres gentes!

—¡Supongo que le odian!

—A él y a los suyos. Dios sabe que tienen razón.

—Es extraño que no se rebelen.

—Lo han hecho algunas veces; pero, ¿qué pueden hacer

esos pobres? Como todos los verdaderos tiranos, los ha

dividido, y los hace emplear su odio entre ellos.

—Sin embargo, no parece que tenga muchas fuerzas;

no he visto cuerpo de guardia...

—¡Cuerpo de guardia!—exclamó Saint Vrain interrumpiéndome—.

Mirad por la ventana: he ahí su cuerpo de

guardia.

—¡Indios bravos! Los navajos!—exclamó Godé al mis-

mo tiempo.

Miré hacia la calle. Media docena de altos salvajes,

embozados en sus bordados "serapés", pasaban en aquel

tapas. Saint Vrain, varios otros "propietarios" y yo nos

esta ciudad nos paramos y acampamos fuera de sus

ba, pero nos vimos obligados a aceptarlo.

puesto era mucho más crecido que lo que se acostumbraba

de alcabala quinientos duros por cada carro. Este im-

en el país, pero nos vimos obligados a pagar por derechos

No tuvimos dificultad para la entrada de la caravana

el Paso del Ratón.

mino del Sur, y los carros habían adelantado mucho por

vana, porque habíamos perdido algún tiempo en el ca-

Al siguiente día entró también en Santa Fe la cara-

Méjico, la famosa ciudad de Santa Fe.

nombrado del Norte, y llegamos a la capital de Nuevo

bir por las Montañas Roqueñas, descendimos al valle

Después de haber pasado una semana de continuo su-

Santa Fe

CAPITULO V

ras. Aquella noche volví a ser el héroe entre mis amigos.

Contesté a estas preguntas contándoles mis aventu-

—¿Habéis cazado, o pescado?

—¿Dónde habéis dejado las botas?

—¿De dónde venís?

guntas.

recibido por mis asombrados compañeros con mil pre-

Anochecía cuando llegué al campamento, donde fui

y me alejé de él a galope.

Como nada me detenía en aquel sitio, monté a caballo

dejado.

las: tanto terror me inspiraba el sitio donde las había

taban también sepultadas, pero no me detuve en buscar-

dido mucho, y tardé poco en encontrarlo. Mis botas es-

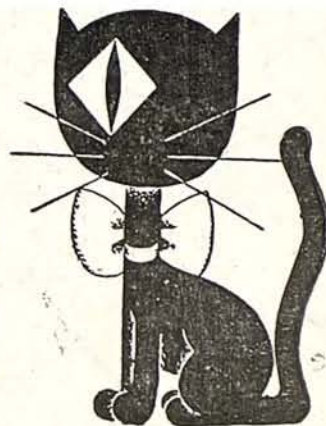
Busqué mi rifle, que afortunadamente no se había hun-

presar que me comprendía.

mis caricias con un sordo gemido, con el que quería ex-

una joven muy bella. El inteligente animal contestó a

página del gato adivino



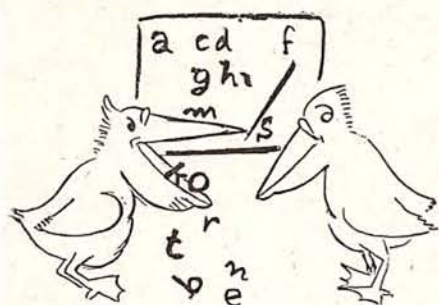
Cuatro números de pasatiempos dedicados a los bichos

Queridos colegas: Vamos a celebrar un concurso de doce pasatiempos, repartidos en los números 5, 6, 7 y 8, y dedicados a nuestros amigos los animalitos, como podréis ver. No admitiremos de ningún modo soluciones sin el cupón, y habrán de llegar juntos los cuatro cupones de los números 5, 6, 7 y 8 y las doce soluciones. Regalaremos una preciosa Historia Natural y otros libros.

Dirección: Página del Gato Adivino. Apartado 33. Madrid.

LAS LETRAS Y LOS PELICANOS

Pasatiempo número 1



Los pelicanos Pif y Pof han entrado en su escuela en ausencia del maestro, y Pif se ha guardado en la bolsa del pico unas cuantas letras. Pero, a la vista de Pof, las devuelve, y resultan ser las letras siguientes:

V Q D E O E U

con las cuales han conseguido formar el nombre

ilustre de un antiguo escritor español. ¿De cuál?

EL NUMERO DE LETRAS

Pasatiempo número 2



Anteanoche tuve una discusión con el gato Micifus, que estaba empeñado en que no se pueden sacar más de cinco nombres de bichos que tengan cuatro letras.

Yo le demostré que podían salir hasta ocho de cuatro letras. Ahora, veamos cuántos lectores hacen igual que yo. No valen menos ni más de ocho; las letras dobles (ll, rr, ch) se cuentan como dos, y no admito hembra y macho de la misma especie, ni plurales.

CONCURSO DE POSTIN

La frase de Don Quijote.

Averiguar en cuál de los tres capítulos, XIII, XIV y XV, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela."

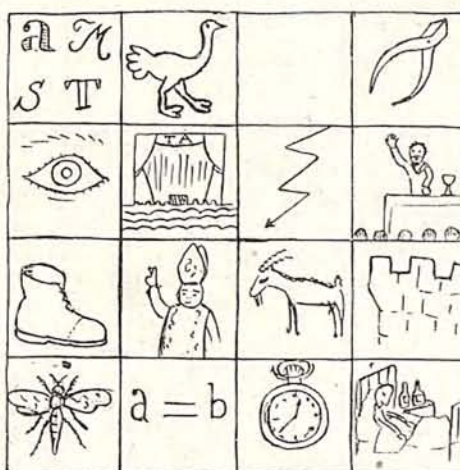
Búsqense las bases en los números anteriores y el cupón en otra página de este número.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

por dos reales El Libro por dos reales del Pueblo por las mejores firmas

UN BICHO Y LAS INICIALES

Pasatiempo número 3

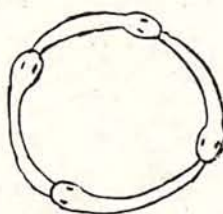


Con las iniciales de las cosas que se encierran en la primera línea vertical de cuadros se forma el nombre de un bicho de cuatro letras. Y con la iniciales de las cosas que encierran las líneas horizontales de cuadros se forman cuatro palabras de cuatro letras cada una.

Pero no quiero, de ningún modo, el envío de los significados de los dibujos.

LAS CUATRO SERPIENTES

(Pasatiempo de regalo.)



Había una vez cuatro serpientes que se odiaban dos a dos. Salíó una a la compra, y vino una enemiga y la agarró la punta de la cola. Pero vino otra a defender a aquélla, y se agarró de la cola de ésta. Después salió la cuarta, y, entonces, la primera se revolvió y se agarró a la cola de la última. Formaron una rueda y empezaron a tragarse cada una a la que estaba delante.

Dicen que así acabaron por desaparecer las cuatro al mismo tiempo, porque se habían comido las cuatro unas a otras.

LIBROS PARA LOS NIÑOS

LOS MEJORES, LOS MAS BELLOS, LOS MAS FAMOSOS Y LOS MAS NUEVOS

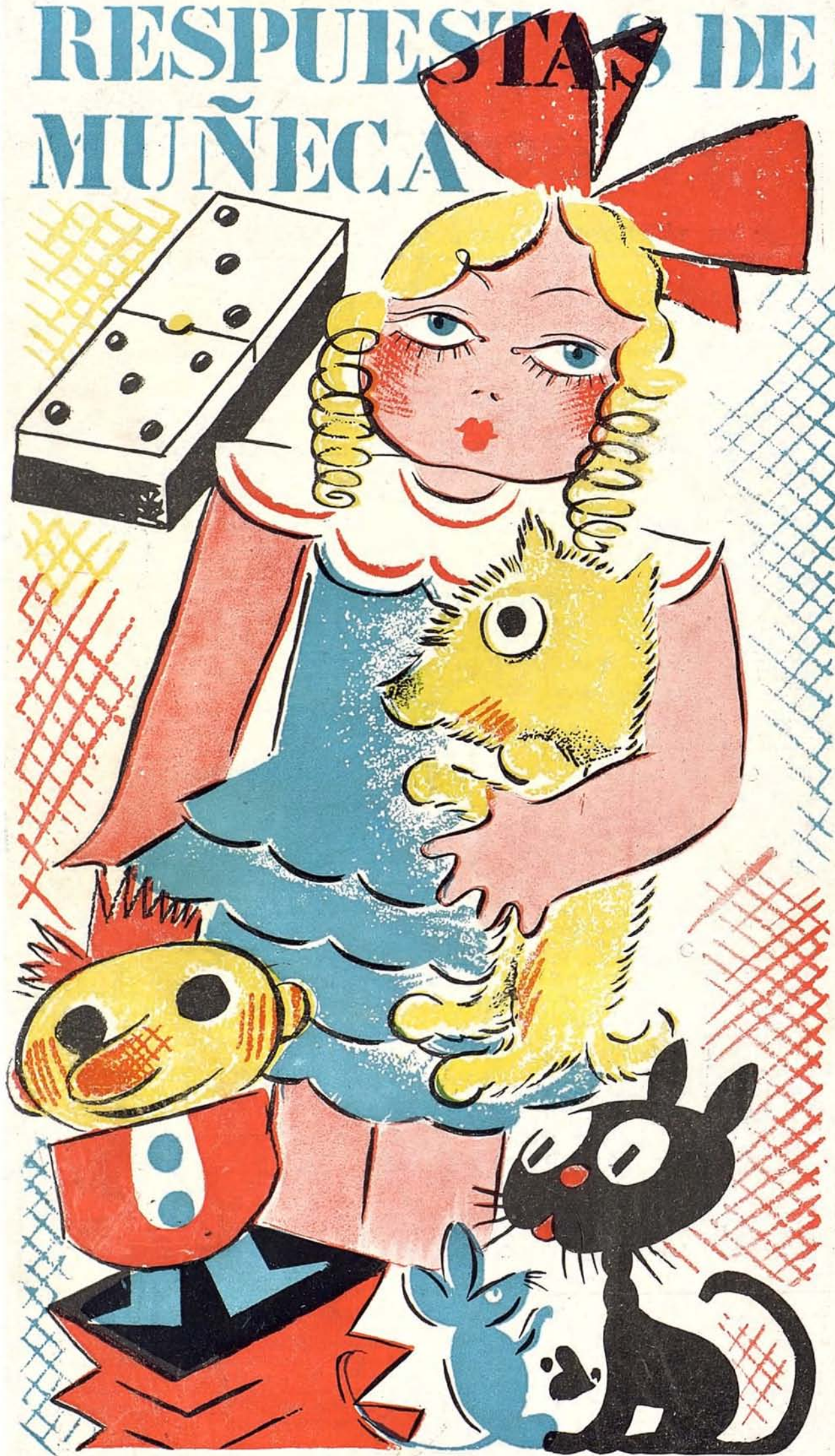
COMPANIA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES (S. A.)

Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15. Librería Renacimiento, Preciados 46 y plaza del Callao, 1, Madrid.—Librería Barcelona, Ronda de la Universidad, 1, Barcelona.—Feria del Libro, Exposición Iberoamericana, Sevilla. 53742-13816-15338. Llame a uno de estos teléfonos. Recibirá el libro que desee sin recargo alguno.

el perro, el ratón y el gato...

Ayuntamiento de Madrid

RESPUESTAS DE UNA MUÑECA



De cuando en cuando quiero hacer las preguntas de rigor a una muñeca.

A h í tenemos, por ejemplo, a Mimí, que es rubia y de trapo.

—¿Dónde has nacido?

—En una tienda de juguetes.

—¿Quién fué tu mejor amigo?

—Un osito, que una vez me salvó de que un mono peligroso, también de trapo, me pegara en un ojo con una durísima ficha de dominó. El osito se puso delante y lo evitó.

—¿Qué bicho te gusta más?

—Un gatito negro, que en la tienda de juguetes fué muerto por los ratones, al saber que era de trapo.

—¿En qué te gastarías las mil pesetas?

—En conquistar una isla lejana, con flores, para irnos a vivir allí todas las muñecas.

EL MAGO BOTIJO

(Dibujos de Alonso.)